

El Polígono Sur de Sevilla es un conjunto de barriadas que conforman un gueto estratégica y perfectamente limitado por barreras arquitectónicas. Como apunta Mar González, comisionada para el Polígono Sur, por el Polígono Sur nadie pasa porque para nada hay que pasar por él.

Al Polígono Sur se va. Y se va o a trabajar en distintos ámbitos, fundamentalmente socio-asistenciales (sanidad, educación, trabajo social...) o a comprar droga.

Con una población que se calcula entre 40.000 y 45.000 habitantes (muchas personas no están censadas y muchas se mueven de unos guetos a otros en función de las necesidades o conflictos que van surgiendo), aproximadamente el 30% es gitana y pertenece al tercio de esa etnia que vive en la exclusión. Dentro del gueto, el colectivo gitano se ha empoderado hasta tal punto que todo, para lo bueno y para lo malo, está bajo su control, dando la sensación de ser una comunidad mucho mayor en número de miembros.

El 55% de la población escolar pertenece a la etnia gitana y en un par de centros la cifra alcanza el 95% de los que prácticamente el 100% vive en la marginalidad y en muchos casos en situaciones extremas de abandono social e institucional.

Las características de este entorno y de los entornos excluidos en general obliga a que se actúe “al borde del precipicio”.

Y ello en base al principio innegociable de que, a pesar de los pesares, no hay nada en estos barrios que sea irrecuperable, -“*no existen causas perdidas sino casos difíciles*”- (Diamantino García Acosta); todo el mundo puede progresar si se tienen los recursos adecuados.

Para la transformación hay que potenciar las interacciones sociales y esto va a depender en gran medida de las relaciones interpersonales, del clima afectivo, de la empatía, pero sobre todo de la educación.

Ahora bien, no puede haber educación si lo que se tiene que aprender está muy cerca de lo que se sabe o demasiado lejos y no se puede aprender si el aprendiz no está. La lucha contra el absentismo escolar y el abandono escolar temprano se convierte en el objetivo central de todo el proceso de transformación.

Por otra parte, las actuaciones únicamente basadas en compensar carencias tienen sus límites. Hay que exigir mayores dotaciones, pero desarrollando los entornos donde se valoren las potencialidades personales, en un clima que favorezca la autoestima, las relaciones personales y la participación; donde no se rebajen expectativas ni se aplique el mismo listón para todas las personas.

Teniendo conciencia de la exclusión, se podrán dar los pasos necesarios para salir de ella.

Hay que ser conscientes de que las trabas son muchas y muy resistentes y algunas de ellas adquieren el papel de grandes enemigos para superar las dificultades que se dan en estos entornos.

Por ejemplo, el efecto techo-suelo, -tocar techo se ve como un imposible y tocando suelo el riesgo de caer más bajo desaparece-, bloquea a quien vive en los entornos excluidos.

Así mismo, los salarios sociales, las ayudas de distintos organismos e instituciones, la caridad, los trabajos más precarios como la recogida de chatarra..., y la “economía delictiva”, hacen que limiten al gueto su zona de confort, evitando incluso la salida física de este si no hay necesidad extrema. Todo bien apuntalado por la falta de expectativas, la falta de ilusiones y... ¡la falta de esperanza! A las barreras arquitectónicas del entorno se unen las aún más fuertes barreras psicológicas.

Son muchas las entidades, asociaciones, instituciones y colectivos que trabajan en estos entornos bajo la supervisión de las administraciones sin que se vean resultados más allá de puntuales lavados de cara... año tras año, lustro tras lustro, década tras década. El síndrome de Lampedusa o gatopardismo garantizan macabramente que el gueto se mantenga sin interferir en otros entornos normalizados

Por otra parte, la normativa educativa no está contextualizada para los centros de difícil desempeño. Son las mismas leyes para todos y, aunque se apela a la autonomía de los centros como un gran avance en la organización de estos, difícilmente se autoriza adaptaciones de las directrices en beneficio del alumnado. La administración educativa actúa bajo un principio endemoniado: “los centros nos engañan”. Vive en el convencimiento de que cualquier petición tiene como objetivo trabajar menos. Remotamente piensa que lo que se está planteando se haga en beneficio del alumnado.

Aun así, no es el problema más serio para contextualizar muchas de las actuaciones que se ponen en marcha. Los avances tecnológicos han provocado lo que todos conocemos por globalización. Ha aparecido una nueva estructura espacio-temporal donde desaparecen las distancias, de hecho, hablamos de aldea para referirnos al planeta, y donde la aceleración se ha convertido en el elemento central de todas las actuaciones. La inmediatez ha provocado que los entornos en riesgo de exclusión social hayan pasado a ser entornos excluidos. Como consecuencia, las normativas encaminadas a compensar las diferencias han quedado inútiles. O se cambian o no quedará más remedio que reinventarlas apelando al bien común y sobre todo a la justicia social para los condenados, si no, a vivir en la exclusión.

Si la normativa no se contextualiza (discriminación positiva), es imposible alcanzar los objetivos inclusivos que se planteen.

Pero hay más. Como apunta Luciano Concheiro, con la aceleración ha aparecido un nuevo orden en el mundo. Un nuevo orden social que se basa en la jerarquización y en la desigualdad, motivo que influye, lógicamente, en que el futuro haya dejado de ser importante para los gestores de la administración. Todo da igual; nada importa; lo que hoy es un problema mañana dejará de serlo.

Esta forma de entender el mundo llega también a la administración porque esta, a fin de cuentas, está regida por los políticos de turno para los que lo más importante es el voto de los ciudadanos. Esto provoca que salir en las fotos y en las noticias de los

periódicos en lo más importante de su actividad. Todo lo que se hace tiene un único fin: salir mucho en prensa y salir en muchas fotos. Ya está.

A los ciudadanos de a pie solo le quedan “las tormentas de indignación”, la queja vía redes sociales que desaparecen con la misma rapidez con las que nacen. Al final, nada importa porque nunca pasa nada.

Entonces, con este panorama, ¿qué podemos hacer? Pues ante todo crear una masa crítica en estos barrios que obligue a cruzar sus espacios de intervención a las distintas instituciones y entidades que actúan en ellos para potenciar la capacidad de transformar, de cambiar las cosas.

Y si hay que ser rápidos, nos aceleraremos también.

Manuel Gotor de Astorza